

UNA VISITA A LA TUMBA DE LARRA

EL episodio forma definitivamente parte de la historia cordial de España. Cierta que Baroja y, sobre todo, Azorín fueron dos cronistas insuperables; cierto también que fue un episodio de acusada teatralidad, con la escena final en el marco, tan español, de un viejo cementerio; cierto, en fin, que la Generación del 98, tan ligada al acontecimiento, nos dejó, además de una obra literaria, un mundo de agresivas biografías, batallas intelectuales y luces de bohemia. Pero eso no basta para explicar la ulterior resonancia de aquella jornada, mitad historia y mitad literatura.

Los hechos ocurrieron exactamente el 13 de febrero de 1901. Los personajes vivos eran Pío Baroja, Martínez Ruiz, Ignacio Alberti, Camilo Bargiela, Ricardo Baroja, José Fluixá, Jesús Fluixá y Antonio Gil; había también otro personaje, largo tiempo olvidado...

Baroja iniciaba así la crónica: "El día 13 por la tarde, aniversario de la muerte de Larra, fuimos algunos amigos a visitar su tumba al cementerio de San Nicolás."

"El cementerio este se encuentra colocado a la derecha de un camino próximo a la estación del Mediodía. A su alrededor hay eras amarillentas, colinas áridas, yermas, en donde no brota ni una mata, ni una hierbecilla..."

La comitiva cruza el pórtico y el áspero jardín. Una mujer y una niña, que viven en el cementerio, acompañan a los visitantes hasta el nicho de Larra:

"Está en el cuarto tramo, su lápida es de mármol negro; junto a él, en el suelo, se ve el nicho de Espronceda. Los dos amigos se descansan juntos, bien solos, bien olvidados. En el nicho de Larra cuelga una vieja corona; en el de Espronceda, nada. Nosotros dejamos algunas flores en el marco de sus nichos."

"Martínez Ruiz lee unas cuartillas hablando de Larra. Un gran escritor y un gran rebelde, dice".

En el capítulo IX, de la segunda parte de "La voluntad", cuenta Azorín, sin romper nunca la imagen dada por Baroja, la historia de aquella tarde. Y, llegado el punto, transcribe las palabras que pronunció en el ya por entonces cerrado cementerio.

"... Se dio por entero a la vida y a la obra; todas sus vacilaciones, sus amarguras, sus inquietudes, están en sus vibradoras páginas y en su trágica muerte."

"Y he aquí por qué nosotros, jóvenes y artistas, atormentados por las mismas ansias y sentimentales de los propios anhelos, venimos hoy a honrar, en su aniversario, la memoria de quien queremos como a un amigo y veneramos como a un maestro".

La ceremonia tiene un sabor decimonónico. En el entierro de Larra, sesenta y cuatro años antes, un joven poeta, aún desconocido, José Zorrilla, ha dado su primer gran paso profesional recitando, ante el mundillo literario que despide los restos de Figaro, algunos de sus versos: "Ese vago clamor que rasga el viento...". Porque,

desde siempre —y el XIX lo convirtió en costumbre—, los muertos, sobre todo si son ilustres, despiertan en los vivos el afán de inmortalizarse con la oratoria, de escucharse para saberse existentes.

El ánimo de quienes se han reunido en San Nicolás en 1901 es, sin embargo, distinto. Apenas dos semanas antes, Galdós ha estrenado su "Electra" en el Español, y Azorín la ha saludado como el "símbolo de la España rediviva y moderna". Tres años se han cum-

plido desde el Desastre, y en el país hay voces y fuerzas que exigen un cambio decisivo. Larra es, para quienes le rinden homenaje aquella tarde, otro símbolo, cuyo rescate se impone.

"El grupo, enlutado, con sus altos sombreros relucientes, recorría en silencio las calles. Todos llevaban en la mano un ramo de violetas. Y los transeúntes miraban curiosos esta extraña comitiva, que iba a realizar un acto de más trascendencia que una crisis ministerial o una sesión ruidosa del Congreso".

Se trata, pues, de un acto político, en la pleamar liberal y hasta

menudo atacan al Estado, a la Iglesia, a la Propiedad... y al Matrimonio.

Cuando, depositadas las flores, los enlutados regresan a la ciudad y atraviesan el árido paisaje, sienten algo más que la desazón del cementerio.

"Y Azorín, de vuelta a Madrid, se siente estremecido por el recuerdo de este hombre que juzgó inútil la vida".

LOS "JOVENES ENTUSIASTAS"

Pero, ¿por qué precisamente Larra?

El mismo Espronceda, cuya sepultura encontró casualmente la comitiva, había sido, en el plano literario y en el político, una activa expresión de la rebeldía romántica. Bien podía haber sido él el elegido si era sólo un gran rebelde lo que se buscaba.

Vale la pena plantearse esta cuestión. Porque de ella depende, quizá, el sentido único de aquel acto de San Nicolás. Y, lo que aún es más importante, el papel que a Larra ha querido atribuirse.

En "La voluntad", donde, como es sabido, Azorín es el nombre del personaje en que se refleja —sin ser exactamente él mismo— quien firma aún sus libros y sus artículos como Martínez Ruiz, aparece otro personaje, Olaiz, que es, en realidad, Baroja.

En el capítulo inmediatamente anterior a aquel que narra la visita a la tumba de Larra, Olaiz hace un largo análisis de la historia política de su tiempo. La Democracia, tal como se entendió a partir de la Revolución Francesa, es una utopía. "La libertad —dice Olaiz—, llevada a sus últimas consecuencias, repugna. Actualmente, un hombre, a no ser un sectario, encuentra lógica y necesaria la libertad de conciencia y la libertad de emisión del pensamiento". Sin embargo, "si alguien tratara de vender en la calle venenos o abortivos, todos creeríamos que la libertad del vendedor debería ser atajada". En cuanto a la Igualdad, "no es necesario llevarla al absurdo para comprender que es una idea sin base ninguna". Y respecto a la Fraternidad, "es un sueño hermoso, pero irrealizable, al menos hasta ahora". Rechazado, pues, el concepto vigente de Democracia, que se limitaría a cambiar las reglas del juego y a establecer unas suavizadas formas de opresión, se plantea Olaiz —la novela está editada en 1902— la opción del socialismo. El juicio es igualmente negativo; dos obras de Bernstein habrían puesto en cuestión algunas de las afirmaciones de Marx tomadas por científicas. "La negación de las premisas del marxismo ha bastado para llevar a todos los afiliados a la doctrina a la desorientación más profunda. Estamos acercándonos a la debacle del socialismo doctrinario. El obrero, cuanto más instruido, aparece más individualista. Y es lógico".

Queda aún el anarquismo, pero éste descansa en la mentira de creer que el hombre es bueno. Y la historia prueba lo contrario. La evolución, piensa Olaiz, quizá modificó también el instinto, pero "hoy, la realidad es dolorosa: la mentira, la explotación, la tiranía, triunfan. Y es preciso destruir el mal, ser sinceros, ser audaces, no contemplanar, no transigir, marchar hacia adelante con toda la brutalidad de quien se siente superior a los otros!".

Para llegar a esta afirmación individualista, a este sálvese quien pueda, pensará el lector actual, no hacían falta tantas vueltas. Ahí está, sin embargo, dicho sea sin afán de generalizar, una de las constantes de los hombres del 98, que explica muchos itinerarios que

José Monleón



Un gran escritor y un gran rebelde, dijo Azorín de Larra ante la tumba de éste. (En la foto, Martínez Ruiz.)

hoy nos parecen zigzagueantes y, a veces, un tanto energuménicos. Tras el análisis de Olaiz, la sociedad aparece como la resultante matemática de los instintos individuales. El propio Martínez Ruiz había hecho en sus artículos formulaciones de carácter bastante más político y menos moral. Tampoco Baroja hablaba siempre como Olaiz. Ahí estaban los comentarios que uno y otro habían dedicado, inmediatamente después del estrano, a la "Electra" de Galdós. De Baroja era este juicio: "Como obra de arte es una maravilla, como obra social es un ariete"...

Pero, si hemos de atenernos a "La voluntad", y nadie mejor para saberlo que el propio Azorín, detrás de aquellas afirmaciones, con frecuencia radicales, no había otra cosa que un rechazo juvenil de la realidad española de la época, es decir, una rebeldía ante "esto y aquello" y un amor al oficio de escribir.

Martínez Ruiz apostilla así el discurso de Olaiz:

"Olaiz calla. Y sus palabras son como el espíritu, como el aliento de un grupo de jóvenes entusiasmados que son un anacronismo en el ambiente actual de industrialismo literario e industrialismo político".

Esa es, probablemente, la razón fundamental del homenaje a Larra, autor al que los "jóvenes entusiasmados" sienten también en pugna con su época. La palabra rebelde es la que ha sonado más veces a lo largo de la jornada, la que más se repetirá en las crónicas de sus historiadores. El suicidio del escritor será recordado como su último gesto de desprecio.

¿Serán las palabras que pronunció Azorín junto a la tumba de Larra un buen camino para acceder a la verdadera significación de este último? ¿Hasta qué punto no habrá quedado impregnado Larra de ese vacío político que caracterizó a muchos de los que se esforzaron en su rescate? ¿Fue sólo, por imperativos de su carácter y de su temperamento, un rebelde, y, por su talento, un gran escritor?

UN PROLOGO PARA TERMINAR

Intentar responder a estas preguntas sería tanto como exponer ordenadamente las ideas de Larra en conexión con el período histórico que padeció. Tendríamos que asomarnos al increíble reinado de Fernando VII, uno de los personajes más siniestros y traicioneros de la vida pública española. Y volver a delinear las bases de un pensamiento, un poder y una estructura que tuvieron en el Deseado su más nítida representación.

Justamente, para esta tarea, la obra de Larra nos sería de gran utilidad. Descubriríamos, en sus temas y en sus pronunciamientos, la presencia agresiva del poder, la estrategia de un escritor para salvar la censura del gobierno y el miedo de sus lectores. Veríamos que la posible contradicción entre algunos de sus juicios desaparece a poco que los situemos en sus

fechas y en sus circunstancias. Y, por encima de todo, admiraríamos en él —y esa es una de las causas de su modernidad— su visión "global" de España, su idea clara de que los problemas no andan por separado, y que la censura de prensa, la lentitud burocrática o la torpeza de tantos actores, pongamos por caso, son las partes en que se manifiesta un todo superior.

Si leemos las notas necrológicas que se publicaron a raíz de la muerte de Larra, de su espantosa trivialidad, mezclada a veces con indisoluble resentimiento, sacaremos la impresión de que muchos no debieron entenderle. Andan por medio adjetivaciones que lo minimizan, lo presentan como a un escritor gracioso, o lo compadecen como a un talento malogrado. Cosas estas que no han de extrañarnos demasiado y que se ajustan a la actitud crítica que, salvo los breves períodos de esperanza liberal, mantuvo Larra ante la España de su tiempo. Ya hemos dicho que el homenaje de 1901 —leamos "Rivas y Larra", de Azorín— responde en gran parte a la voluntad de reparar esa injusticia. Y hoy, ¿qué se piensa de Larra? ¿Bastaría sostener que fue un rebelde y un gran escritor? Si leemos el contradictorio prólogo que Melchor Fernández Almagro —atrapado entre la necesidad de

condenar y defender a Figaro— publicó en el tomito de Aguilar dedicado a los artículos de Larra, descubriremos con toda claridad hasta qué punto el pleito aún no ha sido ventilado.

Las sugerencias de este trabajo —firmado en 1943, caliente nuestra posguerra, con un panorama mundial muy preciso— son muchas y esclarecedoras. Se nota que Larra "se les ha escapado de las manos" y hace falta reducirlo al inocente papel de buen escritor. Como Larra murió joven —y el subconsciente traiciona al granadino Fernández Almagro cuando lo emparenta con Lorca—, conviene dejar caer que se le admira más por lo que pudo escribir que por lo que realmente escribió. Como se enamoró de la mujer de otro y se suicidó, no es difícil recordar de vez en cuando que era un personaje turbulento o inestable. Como alguna vez escribió a sus padres hablándoles de su progreso material, no está de más llamar a eso vanidad y contraponerlo a sus afirmaciones desinteresadas. Se trata de ir destruyendo sistemáticamente al personaje. Y luego, si en sus textos políticos hay alguna contradicción —que desaparecería si se ordenaran dialécticamente—, el punto sirve para presentar a Larra como un caprichoso. ¿Qué distinta posición la que el mismo Fernández Almagro adopta ante

un Ganivet, también suicida y contradictorio, pero de una significación última bastante menos incómoda!

Copio del prólogo citado:

"En lo único que Figaro se mantiene siempre fiel a sí mismo es en su espíritu mordaz de contradicción. Ante todo, ante todos, Larra reacciona en censor atarbillario. Es un diputado de eterna oposición, que vota perennemente en contra. La pluma de Larra es de continuo reflejo del hígado enfermo y de los nervios en hiperestesia. (...) Convergamos en que casi todas aquellas reformas por las que Larra suspiraba han llegado después a España, nos han saciado, nos han hartado, se han desacreditado de tal modo, que hoy en política se desea, aprecia y ensalza mucho de aquello que Larra, a veces sin razón, criticó y combatió con sus sarcasmos.

Desnudo de las alharacas que en el 900 sacaron de quicio la figura de Larra, yuxtaponiendo razones políticas sobre el valor literario de aquél, apreciamos hoy sólo su sabor de prosista excelso, su gracia y su gracejo un tanto corrosivos, a la verdad, su fina observación del natural".

leyendo estas cosas, nadía diría que Larra fuera sólo un diputado de "eterna oposición". Algo más haría, algo propondría, si hemos de atenernos a esa "hartura" de reformas, bien explicable, a poco que llegaran algunas, puesto que todas atentaban contra los intereses que defiende el ilustre prologuista. ¿Y qué decir de esas "yuxtaposiciones políticas sobre el valor literario" practicadas a comienzos de siglo? ¿No está muy claro que él, un representante de la España del 43, escribe con angélico desasosonamiento?

Pocos ensayos sobre la obra de Larra se habrán escrito con la carga política de este de Fernández Almagro. Pocos ensayos han conseguido, en este orden, un efecto contrario al propuesto. Yo creo que Larra es bastante más de lo que generalmente se ha dicho de él. Por ejemplo, si articulamos sus diversos juicios teatrales, nos sale quizá el primer "hombre de teatro" —otro de los pocos ha sido García Lorca— con que ha contado nuestro país, aunque sus obras, afectadas por el estilo de la época, ya no interesen gran cosa. Su crítica de la vida española es también bastante más que una "censura atrabillaria". Y su suicidio, antes que un episodio estrictamente pasional, viene a culminar su largo proceso de desesperación social.

No, lo que dijo Azorín en el cementerio de San Nicolás en aquel febrero de comienzos de siglo, o lo que dijo Olaiz en "La voluntad", fue bastante superficial. Larra era algo más que un rebelde. Pero aquel homenaje sirvió para rescatar el recuerdo de un escritor. Para que muchas gentes lo leyeran y descubrieran su significación en la historia española. A veces, como en el caso de Fernández Almagro, para tributarle, a fuerza de porrazos, un nuevo y clarificador homenaje. ■



Si leemos las notas necrológicas que se publicaron a raíz de la muerte de Larra, de una espantosa trivialidad, mezclada a veces con indisoluble resentimiento, sacaremos la impresión de que muchos no debieron entenderle.